

La revolución personalista y comunitaria en el III milenio

Roberto Hernández Tinoco

Miembro del Instituto E. Mounier de Durango. México

Una vez que se apagaron los fuegos de artificio con que festivamente los diversos pueblos del planeta recibimos al III Milenio en enero del 2000, y habiendo regresado poco a poco a la normalidad, los mexicanos nos descubrimos de nuevo inmersos en un crucial proceso electoral completamente atípico. Por primera vez en más de 75 años el partido en el poder se manifestaba frágil ante el empuje de la oposición. En medio de una gran ansiedad y con votaciones muy vigiladas por observadores de toda índole (nacionales e internacionales), el dos de julio del 2000 la voluntad del pueblo finalmente fue respetada. Las cuentas pendientes finalmente se hicieron efectivas. Muchos años de resentimiento de un pueblo cada vez más empobrecido y defraudado por su gobierno, se convirtieron en un voto de castigo contra el partido del régimen. Francisco Lavastida Ochoa candidato del Partido Revolucionario Institucional, fue rechazado por los electores, que optando por el candidato opositor Vicente Fox Quezada, pusieron fin a casi cien años de dictadura de la familia revolucionaria en el poder.

Los mexicanos pues, recibimos el nuevo milenio con nuevo go-

bierno. Algunos, muy contentos, imaginamos que la solución a los grandes problemas del país ha llegado, otros muchos no lo creemos tanto, pues vemos que, si bien la alternancia en el poder es muy benéfica, en esta ocasión la llegada del partido Acción Nacional al poder es la revancha largamente anhelada del sector conservador (ricos y aristócratas) que fue removido del poder por la Revolución Mexicana.

Este es un cambio deseado y soñado por el pueblo de México desde hace mucho tiempo, pero estamos conscientes de que el fondo, la esencia del comportamiento social en nuestro país, difícilmente cambiará en seis años.

Para el Dr. Carlos Díaz y el Dr. Alfonso Gago Bohórquez que entre otros hermanos militantes del personalismo comunitario, difunden el mensaje en América Latina, existen muchos rasgos de la idiosincrasia mexicana que llaman la atención, como el hecho de que en la dinámica social tenga tanta presencia el estado y tan poca presencia la sociedad civil. Que la vertebración social sea prácticamente nula y que de las pocas organizaciones sociales existentes la inmensa mayoría sean organizaciones dependientes de algún partido políti-

co, generalmente del PRI (Partido Oficial durante más de 75 años). Llama la atención también la enorme presencia que tiene el estado en la vida del pueblo, de modo que casi cualquier evento de la sociedad, sea académico, artístico, cultural o deportivo, ha de contemplar un momento inaugural en el que, autoridades civiles y militares con su presencia validan dicho evento, de no ser así, éste parece irrelevante. Pero si además de estas autoridades, se cuenta con la presencia de la autoridad eclesiástica, entonces el evento se considera muy importante en la sociedad.

Esta tendencia a magnificar el peso del estado en la vida social, dificulta el crecimiento de la persona y el sano desarrollo de la sociedad, tiene sus raíces en las especiales circunstancias de su historia.

Desde antes de que Hernán Cortés desembarcara en Veracruz para iniciar la conquista de México. En la Gran Tenochtitlán el emperador azteca Moctezuma, ya estaba esperando a los hombres blancos barbados que según las leyendas, vendrían del oriente para conquistarlos. Don Bernal Díaz del Castillo en su verdadera historia de la conquista de la Nueva España, describe las múltiples bata-



llas libradas por nuestros ancestros (indígenas y conquistadores) y la forma en que sistemáticamente se derriban los centros de culto azteca y son sustituidos por capillas y templos cristianos. La cruz y la espada, el evangelizador y el soldado, son protagonistas importantes del proceso de conquista material y espiritual del que surge México, con un sincretismo cultural y religioso producto del mestizaje. Más que al caballero cristiano luchando por la expansión del Reino, durante la conquista de México, vemos al aventurero ambicioso que busca riqueza. Y más que al encomendero piadoso que vela paternalmente por el bienestar y la educación de los indígenas durante la época colonial, vemos al explotador insaciable que hace fortuna con el trabajo agotador del sometido en las minas y en los campos.

Mestizos y Criollos, después de la guerra de independencia (1810), habrán de sustituir a los señores españoles en el papel de explotar a los débiles. La presencia de los mi-

sioneros defensores de los indígenas prácticamente desaparece y esa nueva aristocracia mestiza de militares, comerciantes y terratenientes, con sus abusos y permanencia en el poder mediante reelecciones (Porfirio Díaz), catalizan la revolución de 1910 en México. Es la primera revolución del siglo veinte en el mundo, en ella obreros y campesinos, principales protagonistas de esta lucha, buscan justicia e igualdad para todos. «Que la Tierra sea para quien la Trabaja» y «Sufragio Efectivo y No Reelección», son algunas de las consignas que alientan a más de un millón de mexicanos a ofrendar su vida. Los ideales de esta lucha quedan plasmados en la Constitución Mexicana de 1917 que entre otras cosas decreta: educación laica y gratuita para todo el pueblo, jornadas y salario más justo para los obreros, derecho a la libre expresión, y se inicia el reparto agrario, los grandes latifundios se reparten en ejidos, (propiedades comunales) y se promueve intensamente el desa-

rollo industrial. El pueblo pobre de las ciudades y del campo ven en el gobierno así surgido, la materialización de sus anhelos y sus sueños, aunque la clase aristocrática no lo ve así, pues para ella los revolucionarios no son sino unos bandoleros que, atentando contra sus privilegios, han tomado el poder.

Arrastrando un conflicto histórico de muchos años entre la Iglesia y el Estado, el nuevo régimen abiertamente hostil, no tarda en provocar con leyes antirreligiosas el levantamiento del pueblo piadoso, que exige libertad religiosa y que cese el hostigamiento que el gobierno hace al pueblo creyente. Este levantamiento armado del pueblo católico contra el régimen, Jean Meyer lo califica de Epopeya Cristera, que dura del 1926 a 1929, al fin de la cual queda claro que el gobierno es un despiadado enemigo de la religión del pueblo y de su iglesia.

Si bien los ideales revolucionarios poco a poco se van consoli-

dando en instituciones y en leyes que propician una sociedad más justa y democrática, los diversos liderazgos generan una encarnizada lucha por el poder, que solo cesa cuando el presidente de la república Plutarco Elías Calles, el jefe máximo de la revolución en 1929, conjuntando las diversas organizaciones populares, crea el Partido Nacional Revolucionario que luego en 1938 se transformó en el Partido Revolucionario Institucional (PRI). En torno al partido oficial se crearon y aglutinaron las organizaciones sociales y de trabajadores del campo o la ciudad (incluso la Confederación de Trabajadores Mexicanos, CTM), que es la Central Obrera mas grande de América Latina. Así, pueblo y gobierno luchan juntos por llevar a cabo el proyecto de nación que es actualmente el México Moderno. Respaldado en la Ley Federal del Trabajo (promulgada en 1933), en el conflicto laboral que los Obreros Mexicanos tienen con los grandes empresarios de las trasnacionales Norteamericanas del Petróleo, los tribunales de la nación favorecen a los trabajadores con su veredicto. Y así, afrontando las amenazas de los capitalistas norteamericanos en 1938, el presidente Lázaro Cárdenas, decide la expropiación del Petróleo. Con ello el país contrae una enorme deuda. En esta circunstancia el pueblo, principalmente las familias de la clase media y pobres aportan parte de sus bienes (joyas, vajillas, ganado, etc.) para colaborar con su gobierno (a quien ve como un padre protector), para que afronte las exigencias de la deuda. Con ello nos podemos dar una idea de como gran parte del pueblo mexicano, el gobierno y el partido oficial llegan a estar tan unidos e identificados. Por ello es que, en la cultura política de la gente sencilla (y alguna no tanto), parecía muy natural que trabajar en instituciones del estado (escuelas o dependen-

cias oficiales) implicara, por el mismo hecho, ser militante del Partido Revolucionario Institucional.

Con el enorme recurso de la simpatía popular la familia revolucionaria en el poder pudo afrontar los retos de la economía y de las grandes transformaciones del mundo. Siguiendo un modelo de desarrollo estabilizador. En una economía cerrada se protege al trabajador a la vez que se promueve el desarrollo industrial, económico, cultural y social del país. El paternalismo estatal no reconoce límites y ve en la educación un aspecto estratégico, por ello impone

para todas las escuelas de nivel básico en el país la distribución gratuita de libros de texto, que de algún modo era un obstáculo para la educación de las clases pobres. Por supuesto que los ciudadanos medianamente formados, y sobre todo los sectores cercanos al área de influencia de la Iglesia, detectan de inmediato los alcances de esta medida, no solo por el contenido de los libros y su tendencia a promover esquemas de vida y propuestas culturales ajenas a la idiosincrasia del pueblo, sino por promover la educación sexual en la escuela, reducida la sexualidad a



Roberto H. Tinoco, presidente del Instituto E. Mounier de México

simple genitalidad y reduciendo la visión del ser humano a la de un simple mamífero vertebrado.

Dado que el poder ilimitado corrompe, era inevitable que las estructuras políticas, económicas y sociales del país, en casi cien años de poder absoluto, alcanzara niveles absurdos de corrupción, de injusticia y de represión. A ello se debe la increíble deuda externa, la ineficiencia y altos costos de la burocracia estatal, la inseguridad pública, el narcotráfico y los brotes de violencia que la misma injusticia estructural provoca.

Habiendo combatido sistemáticamente, desde la escuela misma, los valores que emanan de una visión trascendente del ser humano y la perspectiva religiosa del mismo, no debe extrañarnos tanta miseria moral y que las propuestas de la postmodernidad hayan sentado sus reales en México igual que en casi todas las latitudes del globo. Por ello, para quienes estamos trabajando en la educación y vemos cada día la angustia de una vida sin sentido en los rostros de nuestros estudiantes, cuando el suicidio de algún jovencito nos sorprende por lo inesperado, o cuando la injusticia y la inequidad nos muestra los extremos de su malicia, en sucesos como las masacres de Actial o Aguas Blancas, en el sureste del país, o en el hambre de millones de mexicanos que viven en pobreza extrema, entonces escuchar en foros oficiales, cursos, conferencias, congresos educativos

o encuentros de cultura, las propuestas generosas y fraternas del personalismo comunitario, y su compromiso solidario con los mas desprotegidos nos llena de mucho entusiasmo, sobre todo para quienes desde el magisterio oficial en la escuela pública, hemos intentado mantener vivo el mensaje cristiano de amor fraterno. La educación laica decretada por la constitución de

...es desde el ámbito del pobre y del desposeído, desde donde el personalismo comunitario puede mostrar con toda claridad su poder transformador

1917 en México, fue interpretada como un mandato de educación antirreligiosa, concretamente anticatólica para una numerosa cantidad de profesores. Cualquiera podría hablar en contra de la religión católica, pero hablar a favor de ella o promover sus propuestas de valores era ilegal y, por ello, podría el profesor ser sancionado. En estas condiciones, el mensaje del perso-

nalismo Comunitario en nuestro país es como «la gota de rocío que empapa la tierra», estamos anhelantes de escuchar y vivir ese mensaje de solidaridad humana tanto tiempo acallado en nuestro suelo.

Quienes hemos tenido el privilegio de experimentar la limitación y ver la pobreza extrema muy de cerca, y nos hemos nutrido de la visión del pobre, podemos decir que, es desde el ámbito del pobre y del desposeído, desde donde el personalismo comunitario puede mostrar con toda claridad su poder transformador porque, como reconoce Monseñor Raúl Vera haber aprendido de los indígenas evangelizados por don Samuel Ruiz en Chiapas, «Nosotros los pobres somos diferentes porque, desde la perspectiva de fe, vemos la vida de manera diferente». Por ello para nosotros el Dr. Carlos Díaz con su ministerio profético tan valeroso, portavoz de todos los hermanos personalistas de Europa y América Latina es como la «aurora esperada ansiosamente por el centinela». Y desde esa visión de las cosas podemos exclamar junto con la escritura «Que hermosos son los pies del mensajero portador de la Buena Nueva».

En este tercer milenio, ahora como siempre, es en el ámbito de los pobres de Yahvé donde se mantiene la fidelidad a la alianza, y sigue siendo el sufrimiento injustamente recibido por el desposeído parte del mismo misterio de la liberación en Cristo Jesús.